

ACTO III

ESCENA PRIMERA

En casa de los padres de María. La habitación está parcialmente iluminada, María comunica a sus padres la decisión que ha tomado. Su madre reacciona llorando. María durante todo este tiempo permanece tranquila, hasta que al final estalla, la desborda la tensión nerviosa y se va. Toda esta escena es prácticamente muda, tan solo algunas palabras sueltas dichas por cada personaje sugerirán la discusión. -"loca", "qué te crees", "no es así" "que harás", "abandonar la familia", "tú deber es", el es tu marido", algún que otro grito o sonidos incomprensibles pero sugerentes. Toda la escena se hará con gestos de gran plasticidad teatral. Se escucha levemente un golpear rítmico de tan-tan, tambor o pandero, que se hará totalmente audible y en crescendo al final, y en el momento en que María se va. Es esta música el rítmico golpear del corazón de María, corazón en tentativa de liberación.

ESCENA SEGUNDA

María lleva algún tiempo con Fernando, está muy contenta, dinámica, activa, viste deportivamente; no obstante, una sombra permanente cubre su alma no permitiéndole soltar las riendas de sus sentimientos. Otro mundo se abre ante María, mundo que poco a poco, lentamente, va desplazando con los nuevos hábitos y las nuevas ilusiones a los hábitos faltos de vida anteriores. Ha comenzado a fraguarse en ella la base y el orgullo que la juventud tiene cuando es educada en libertad. Entran en escena hablando María y Fernando.

María. -Es un poco pesado Manuel.

Fernando. -Un poco mucho. Pero a eso opongo que es una persona honrada, rarísimo valor hoy en día.

María. -Tiene toda la apariencia de persona honrada.

Fernando. -Apariencia e interior. Es honrado y puedo dar fe de ello. Es pesado, pero dista mucho de ser insoportable.

María. -El que vino esta mañana parece buena persona.

Fernando. -¡Un majadero! Es astuto como un político.

María. -Estuvo muy amable.

Fernando. -Forma parte de su comedia, una amabilidad sin sentido, que más bien es amaneramiento que otra cosa. Sospecho que esa amabilidad era utilizada para que no le cobrase demasiado. Aviado va conmigo, si lo quiere, bien, sino a otra parte, gente así no es de mi agrado.

María. -No comprendo como todavía conservas clientes.

Fernando. -Es muy sencillo, a todos éstos (señalando con el índice y el brazo extendido al espectador) los han educado en un sistema para borregos. La única motivación que entienden es la voz autoritaria e imperiosa. Cuanto peor los tratas, más te estiman y más te consideran. Han sido educados como borregos, son borregos y les gusta serlo.

María. - Todos hemos sido educados como borregos, no tenemos culpa de ello.

Fernando. - Sí, nadie tiene culpa; si no hay culpables no hay culpas posibles, de lo que se deduce que todo está perfectamente bien.

María. - No es así. Lo simplificas demasiado.

Fernando. - Evidentemente no, hay culpas y culpables.

María. - Debe de haberlos.

Fernando. - Debe no, los hay. Los profesores los primeros. Fueron borregos de estudiantes, les dieron títulos de borregos mayores y capacidad de adiestrar a borregos a su imagen y semejanza.

María. - (Riendo). Nunca lo había visto de ese modo.

Fernando. - Los segundos, los padres, por permitir que en lugar de hacer de sus hijos espíritus libres, auténticos hombres y mujeres, les convierten en asnos aprobados, sin grandeza de espíritu y con más sumisión que la de un animal de carga.

María. - Al hombre le obligan a ser animal de carga.

Fernando. - El hombre, como animal de carga, es obligado a ser un animal de trabajo y, lo que es peor, lo acepta resignándose a esa condición. Pero el hombre además de animal, es hombre, y la primera condición para ser hombre es la rebeldía, lo que lleva a la búsqueda, a la experimentación, al conocimiento continuo.

María. - La enseñanza no podrá variarse nunca, es la base de la sociedad.

Fernando. - Variar la enseñanza no tiene sentido. Son los padres los que no deben enviar a sus hijos a los colegios. Si eso hiciesen, tienes todo el entramado educativo derribado.

María. - ¿Y una vez hecho, qué?

Fernando. - (Irónico). Una vez hecho eso, los profesores armarían tal jaleo ante las perspectivas de quedarse sin un trabajo tan cómodo y nada mal remunerado, que

harían dictar una ley condenando a la pena de muerte a todos los padres que se negasen a enviar a sus hijos a la escuela.

María. -(Contenta, dirigiéndose a él). ¡Eres adorable!

Fernando. -¿Avanzas en las clases de dibujo?

María. -Me cuesta, voy haciendo progresos.

Fernando. -El aprendizaje es lento, se necesita constancia, al final se obtienen resultados.

María. -Eso espero ¿cuándo fotografiaremos los muebles?

Fernando. -Este fin de semana. Al niño lo cuidarán mientras estemos fuera.

María. -¿Crees que seré una buena ebanista?

Fernando. -Reúnes las cualidades. -paciencia y meticulosidad, te gustan las cosas bien hechas y tienes buen gusto. Lo demás yo me encargaré de proporcionártelo.

María. -Estoy contenta, me siento distinta, diferente, no sé cómo explicarlo. Tengo todo el día ocupado en el taller, en las clases, en la lectura, casi no tengo tiempo de estar con el niño. Y sin embargo soy feliz.

Fernando. -La palabra felicidad es un término que no se utiliza en filosofía. Cuando venga tu marido, veremos como solucionamos todo esto, sólo entonces notarás el auténtico cambio.

María. -Por un momento olvidé mi mayor preocupación.

Fernando. -¿Cuándo llega Alberto?

María. -El mes próximo.

Fernando. -¿Sigues firme en tu decisión o te echarás atrás?

María. -Más firme que nunca.

Fernando. -Es conveniente que seas delicada al decírselo, estas cosas requieren mucho tacto.
Aunque no le amas ni te ame, se requiere delicadeza, sobre todo si es celoso.

María. -Lo sé.

Fernando. -Debe evitarse a toda costa herir los sentimientos o el orgullo de una persona.

María. -Estaré con él el tiempo necesario hasta dejar totalmente aclarada nuestra situación.
En lo que respecta a lo Económico, no quiero recibir nada, todo lo que tenemos ha sido comprado con su dinero.

Fernando. -Es una buena decisión, con ella se suprimen la mitad de los problemas. Para que obtengas más seguridad, esta casa será tuya a mi muerte, así como todo lo que poseo.
En vida puedes disponer de todo el dinero en efectivo que tengo.

María. -No me será necesario.

Fernando. -Si necesario te fuese, ahí lo tienes. Es una pequeña seguridad económica.

María. -¿Pequeña? Es toda la seguridad que necesito y más que suficiente.

Fernando. -Hay algo que me preocupa.

María. -¿Qué es?

Fernando. -Me preocupa que no mantengas relaciones amorosas.

María. -(Un poco cortada). No pienso en ellas, no tengo tiempo de hacerlo.

Fernando. -Pues debes hacerlo y buscar el tiempo para hacerlo y para mantenerlas. Claro está que en este pueblo no hay nadie que valga la pena de conocer. Sospecho que el 90% no hace el amor y el 10% restante lo hace mal.

María. -(Ruborizada). ¡Exagerado!

Fernando. -He conocido a pocas mujeres que supiesen hacer el amor, ninguna de ellas era de este pueblo, ya me dirás si entre los hombres no ocurrirá lo mismo y aún más.

María. -(Irónica). Contrataré los servicios de un profesional.

Fernando. -Si necesitas profesores para dibujo e idiomas, un maestro en ebanistería ¿por qué no ibas a necesitar un experto que te enseñase las técnicas amorosas?.

María. -Hacer el amor surge sólo.

Fernando. -Te equivocas, hacer el amor no surge sólo, hay que provocarlo, estimularlo, mimarlo, entregarse, sentir placer en producir placer; se requiere un cierto conocimiento anatómico y conocer suficientemente el alma humana para hacer del mundo amoroso algo más hermoso de lo que habitualmente se hace.

María. -Lo pones muy complicado.

Fernando. -Es complicado. De ahí que las relaciones amorosas sean insatisfactorias espiritualmente y físicamente a menudo también.

María- ¿No estarás pensando que asista a clases de sexualidad práctica, con profesor de agencia?.

Fernando. -Ni lo había imaginado, aunque visto de esa manera, completaría tu formación.

María. -(Asombrada) ¿Te burlas o hablas en serio?

Fernando. -(Riendo). Un poco de cada, sólo un poco de cada.

María. -(Irónica) ¿A ti quién te enseñó todos esos conocimientos físicos, anatómicos, filosofía y psicología sexual?.

Fernando. -La dama de las camelias.

María. -¿Victoria?

Fernando. - Victoria.

María. -(Seria). Entre vosotros había amor.

Fernando. -Eso vino después, la primera vez sólo había deseo por mi parte.

María. -¿Y cuándo te enseñó a amar?

Fernando. -La primera vez, por eso empecé a amarla y poco después me enamoraré de ella.

María. -(Seria). ¿De quién estas enamorado ahora?

Fernando. -(Irónico). Del aire, del aire de una mujer (serio). Mí vida íntima tan sólo a mí me pertenece, jovencita.

María. -(Insistiendo). Entonces ¿estás enamorado?

Fernando. -A ti qué te importa.

María. -A mí, nada. (Haciéndose la interesante).

Fernando. -(Coge un libro del mueble y sale). Estoy cansado. Voy a acostarme, buenas noches.

ESCENA TERCERA

María ya ha hablado con su marido, de nuevo está en casa de Fernando. Aparece Alberto, su marido; discuten, Alberto intenta imponer sus criterios y opiniones.

María está sola, dibuja sobre la mesa, al mismo tiempo escucha un disco de aprendizaje de idiomas en inglés, repitiendo las frases en voz alta. Al poco tiempo oye golpear la puerta, alguien llama, María se levanta de la mesa, sale de la habitación. Se oyen voces que se acercan, son Alberto y María quienes entran en la habitación..

María. -(Seria y contrariada). Aquí es donde vivo. (el disco en inglés sigue funcionando durante un buen tiempo, sugiriendo que ambos hablan en idiomas diferentes). No es lujoso, sin embargo es cómodo por la sobriedad.

Alberto. -Nuestro piso es mucho mejor.

María. -¡Sí!. Teníamos muchísimas cosas inútiles.

Alberto. -¿Inútiles?

María. -(seria). La mayor parte, casi todas.

Alberto. -Fueron compradas para ti.

María. -Pero no por mí. Siempre he pensado que eran compras y gastos sin sentido alguno.

Alberto. -Te gustaba, las compré para que tuvieses una casa en la que nada te faltase.

María. -Es posible. Siempre me he opuesto a esos gastos. (Variando de conversación sin conseguirlo). ¿Quieres un café?

Alberto. -¡No!. Un hombre debe darle todo lo mejor a su mujer.

María. -Lo mejor de su persona. Y la mujer debe dárselo a su hombre. A eso le llaman amor.

Alberto. -Y lo mejor que pueda en todo también. Cada hombre debe trabajar para que su mujer tenga las mejores cosas que se puedan comprar.

María. -(Seria). Hay mujeres que buscan eso de sus maridos.

Alberto. -(Enfadado, reprimiéndose). La mujer debe ser el reflejo del trabajo de su marido.

María. -(Seria). Para eso están las opiniones ajenas, que tanto más valoran a una persona cuanto más dinero posea. Ese es el reflejo que tú buscas, que te envidien. Sentirte envidiado, imitado, te hace ser más de lo que eres. La opinión de los demás es tu propio espejo.

Alberto. -(Sentándose y conciliador). Vamos a calmarnos un poco, no debemos discutir como hace unos días.

María. -(Seria, distante). No tengo que calmarme, ni nada que hablar ya. Si algo tengo es resentimiento por todo lo que me has dicho. Esa ha sido la última vez, a partir de ahora tan sólo me une a ti un contrato matrimonial, que rechazo definitivamente.

Alberto. -No es fácil romper tan a la ligera ciertos compromisos.

María. -(Seria). Yo lo hago, y me voy en busca de la luz, harta ya de tanta vida oscura.

Alberto. -(Conciliador). Durante cuatro años me he dedicado única y exclusivamente a ti.

María. -(Que sigue seria, no dejándose seducir por el tono de ternura de Alberto). ¿A mí?
A tu trabajo, querrás decir. Te has dedicado a lo que siempre te ha gustado, ganar dinero, ser más que los que te rodean.

Alberto. -¡Eso no es cierto!

María. -(No queriendo discutir). Está bien, no lo es.

Alberto. -He trabajado, me he pasado casi todo el tiempo trabajando, he trabajado para ti, el trabajo es una forma de amar.

María. -Por amor entendemos cosas diferentes.

Alberto. -Es cierto que has estado demasiado tiempo sola, todavía puede solucionarse, en dos años podría venirme definitivamente.

María. -¡Demasiado tarde!

Alberto. -En dos años podría estar definitivamente contigo, ahora no puedo, me es imposible.

María. -Aunque no volviesses a irte, aunque te quedases, no abandonaré la decisión que he tomado. Hemos ido demasiado lejos. Alberto, entre nosotros ya no existe nada.

Alberto. -¿Piensas vivir de ebanista? ¿Tú que nunca has trabajado? ¡Si eres incapaz de clavar un solo clavo!.

María. -Era incapaz de muchas cosas, de demasiadas cosas. Ahora soy diferente. Quiero ser diferente.

Alberto. -(Mordaz). ¿No me digas?.

María. - ¡Sil!.

Alberto. -¿Trabajarás de aprendiz con tu abuelo? ¿Cuánto piensa pagarte? (riendo) ¿Sabes ya el oficio?.

María. -Eso es cosa mía, nada te he pedido, te has quedado con todo lo que poseíamos, te he cedido todo lo que teníamos y has estado de acuerdo.

Alberto. -Todo menos el niño.

María. -Quedamos en que el niño se viene conmigo.

Alberto. -Puedo cambiar de opinión.

María. -No harás tal cosa.

Alberto. -Puedo hacerlo, eso depende de lo que tú decidas.

María. -¡Me has engañado!. Debí sospecharlo, iqué estúpida he sido! Cuatro años casada con un hombre y sin darme cuenta de a quién tenía por marido (Pausa). ¿Con qué clase de tintas cubres tus pensamientos?.

Alberto. -Nada oculto, no te he engañado. ¿Qué otra cosa puedo hacer para retenerte?. Es mi defensa, tengo derecho a ella.

María. -¿Tu defensa? es tu orgullo y el que dirán a lo único que das importancia. El niño es una disculpa para sujetarme a ti.

Alberto. -Que hay de malo en que utilice todos los recursos para tenerte a mi lado.

María. -¡Me repugnas!

Alberto. -Te repugne o no, legalmente eres mi esposa.

María. -¡Soy una mierda!

Alberto. -Además de ser eso; tienes un hijo que es mío.

María. - ¡Es mi hijo!. ¡El niño es mío!

Alberto. -Es hijo de los dos.

María. -Yo lo he cuidado, he sido yo quien ha estado con él, no tú.

Alberto. -Mientras tú lo cuidabas, yo estaba de paseo.

María. -Es bastante probable.

Alberto. -No he venido a discutir.

María. -¿A que has venido?. ¿No había quedado todo en claro la última vez que nos vimos?.

Alberto. -¿En algún momento has creído que iba a permitir que te fueses tan fácilmente?.
Me asombra tu ingenuidad.

María. -(Perdiendo el dominio de si misma). ¿Por qué?. ¿Por qué haces todo esto?.

Alberto. -Para tenerte. Nada posees y nada tienes que ofrecer a tu hijo. Legalmente has huido de tu casa, abandono de hogar; una mala esposa y una mala madre. Sin medios económicos jamás te dejarán los jueces la custodia del niño.

María. -Si me dejas sin el niño...

Alberto. -¿Qué harás?. ¿Sí?. ¿Que harás?.

María. -(Interrumpiéndolo). Que pretendes con toda esta parodia. No me amas, no intentes ocultártelo, crees que me amas pero sabes que no es cierto.

Alberto. -(Cambiando de actitud). Te necesito, necesito de ti, necesito tener la seguridad de que alguien me espera. (Pausa). Tan pronto bajo del barco y piso tierra, no soporto la idea de estar sólo.

María. -Navegando ¿no estás sólo?

Alberto. -Es distinto, en el barco estoy cómodo, es una extraña sensación la que me produce el mar. Es al llegar a tierra cuando me asalta la maldita soledad. No la soporto.

María. -Crees que yo la soporto, has pensado si soportaba yo la soledad. Has pensado alguna vez en mí como una mujer que tiene deseos y pensamientos propios.

Alberto. -He pensado en tí, imaginaba lo que hacías en cada momento. Cómo no iba a pensar en ti, eras mi mujer.

María. -¿Y qué imaginabas?. Dímelos por favor (pausa) ¿Por qué callas?, Alberto ¿por qué callas?

Alberto. -Imaginaba de todo. A veces el sudor mojaba mi cuerpo por los celos.

María. -¿De quien y de qué? ¿qué motivos te he dado?

Alberto. -Todo era imaginación, me ocurría a veces.

María. -Cuando estabas conmigo te encerrabas en ti mismo, tenías una agresividad a flor de piel que estallaba con la más mínima de las cosas.

Alberto. -Sentía celos, lo reconozco. Los celos forman parte del amor.

María. -Es posible, sin embargo tu amor impedía que hablásemos, nunca has hablado de lo que corroía tu corazón. ¿Por qué esa falta de confianza?

Alberto. -¡Por vergüenza!

María. -Yo te he dicho muchas veces lo que me preocupa, te rogué que dejases de navegar, te pedí que estuvieses a mi lado, que deseaba estar a tu lado, que me encontraba muy sóla. Te lo he dicho muchas veces.

Alberto. -No le daba demasiada importancia. Ahora me arrepiento.

María. -Yo también te ocultaba algo. Bebía para no pensar, para aplacar la soledad que me rodeaba durante las veinticuatro horas del día.

Alberto. -Lo desconocía totalmente.

María. -Me preocupaba muy bien de ocultarlo. Para mí la vida no tenía sentido, la veía como un gran pozo negro en el me dejaba caer sin oponer resistencia.

Alberto. -No me acuses, no soy culpable de todo eso.

María. -Ni te acuso ni te señalo como culpable, me acuso a mí misma y a mí misma me señalo como culpable. He padecido la angustia y la ansiedad, he estado deprimida semanas enteras sin poder acudir a nadie, porque nadie excepto tú tenía el remedio de mis males. Tú no estabas, tú no estabas nunca.

Alberto. -Es curioso, en cuatro años no hemos hablado nunca de esta manera.

María. -Hemos perdido el miedo a hablar con sinceridad sobre nosotros mismos. Es una lástima que sea ya demasiado tarde.

Alberto. -Todavía estamos a tiempo de emmendar los errores que hayamos tenido.

María. -Sabes que eso es imposible, nada vuelve a repetirse y menos en cosas de amor.

Alberto. -Entonces hay otro hombre.

María. -No, no hay ningún otro hombre.

Alberto. -¿Por qué no podemos recomenzar de nuevo?, ¿qué te lo impide?

María. -Te he esperado tantas noches, deseé tanto dormir a tu lado y sentir el calor de tu cuerpo en el mío y no encontraba más que una cama vacía y solitaria. Me propuse olvidarte, al principio fue difícil, poco a poco lo he conseguido.

Alberto. -Si no ha sido por otro hombre, ¿por qué lo has hecho?

María. -Para no volver a desear tener en mis brazos a un hombre que en contadas ocasiones satisfacía mis deseos.

Alberto. -¿Es cierto que ya no me amas? (sentándose) ¿Qué todo está perdido definitivamente?. (Entra Fernando)

Fernando. -¡Perdonadme!. ¡Os he interrumpido!.

María. -¡Nada de eso!. Os presento, (a Fernando) es Alberto. (Fernando se acerca, le tiende la mano a Alberto, se saludan).

Fernando. -Os dejo, tendréis cosas de que hablar.

María. -Por favor, quédate un poco, nos harás falta. Hace muchos años pasaste por algo semejante, tienes experiencia y puedes ayudarnos. (a Alberto) ¿qué opinas? (Alberto asiente con la cabeza).

Fernando. -En cosas de hermanos no metas las manos, en cosas de pareja no metas la cabeza. Si ambos estáis de acuerdo puede romperse la norma.

María. -Estamos hablando de nuestra separación, el tema es espinoso y desagradable, pero hemos conseguido hablar civilizadamente.

Alberto. -Más o menos civilizadamente.

Fernando. -Lograr que un matrimonio hable de su ruptura civilizadamente es de por sí un gran logro. Yo no lo he conseguido, lo mío fue tormentoso. Dejad los egoísmos a un lado y conseguiréis comprenderos mejor uno al otro.

María. -Durante años he estado locamente enamorada de Alberto, ahora ya no. Alberto insiste en intentarlo otra vez con apenas variaciones. Yo deseo otro tipo de vida, todavía no se cual, pero voy al encuentro de ella.

Fernando. -(Reconciliador). Cada individuo debe buscar su realización en la vida, para eso vive. Si es tu deseo buscar un nuevo tipo de vida, debes intentarlo. Pero tenéis un niño, debéis pensar también en él.

Alberto. -El niño es un problema diferente. En principio hablábamos de nuestra separación, ¿qué derecho tiene María a romper de repente nuestro matrimonio?.

María. -Tengo el derecho que cada persona tiene de decidir lo que quiera y como quiera, yo debo vivir mi propia vida.

Alberto. -Eso es egoísmo.

María. -Egoísmo es el impedirlo. ¿Qué razones hay para que yo no pueda decidir sobre mi vida?.

Alberto. -Estamos casados.

María. -Es un contrato estúpido, con él hipotecamos la vida.

Alberto. -Tenemos un hijo que necesita de sus padres.

María. -Si, si sus padres se quieren, pero sino se quieren el ejemplo que recibe será mil veces más dañino para él.

Fernando. -El niño es un problema diferente, opino como Alberto. Es preferible que habléis de vosotros, de lo que os puede unir en el futuro y en el presente. Los niños en este caso atan, no unen.

María. -Alberto, yo veo nuestro matrimonio seco y nuestro futuro amoroso también. ¿Qué harías con una mujer que ya no te ama? ¿Consentirías una situación así?.

Alberto. -¡No! sería insostenible, una situación ridícula.

María. -Lo mismo opino yo. (Pausa). Al niño he sido yo quien lo ha llevado en el vientre, he sido yo quien ha sufrido los dolores del parto, yo lo he amamantado, yo lo he cuidado hasta temer más por su vida que por la mía. Tú de esto nada has conocido, estabas lejos, muy lejos.

Alberto. -Lejos sí, pero trabajaba para ambos.

María. -(Reconciliadora) Lo sé, lo sé. (Astutamente) Si quieres el niño estoy dispuesta a renunciar a él.

Fernando. -Todavía es muy pequeño, a su edad necesita de la madre, pienso por el bien del niño, que debe quedarse con su madre, aunque sois vosotros quienes debéis decidirlo.

María. -(Insistiendo). A pesar de todo, estoy dispuesta a renunciar al niño. Me preocupa que no dispongas de tiempo suficiente para dedicarle.

Alberto. -(Se levanta, pasea por la habitación). El niño estará mejor contigo. (Pausa). No volveré a veros, ¡Adiós!

Fernando. -¡Espera! (se acerca a Alberto). Es tu hijo, no lo olvides. Yo cometí el error de no visitar al mío, enviaba dinero a su madre, eso no es suficiente. Debes ver y estar con tu hijo siempre que puedas. Le hará bien a él y a te hará bien a ti. Criar a un hijo no es fácil, educarlo es muy difícil, su educación comienza desde el momento mismo de su nacimiento necesitará a todos o crecerá cojo.

Alberto. -(Emocionado). Te lo agradezco Fernando.

(Se dirige a María, quiere decir algo pero no sabe que decir, abre un poco los brazos) ¡Adiós, María! (Sale).

María. -(Con tristeza) Debía ocurrir y ocurrió.

Fernando. -Ahora tienes una nueva vida por delante, debes concentrar todas tus energías en ese empeño, salvo que quieras convertirte en una persona vulgar. (Pausa). Por lo demás todo sigue igual, nada ha cambiado, el hombre es un número de una larga serie interminable.

FIN